

—Cinco millones! dijo: mi primer impulso fué bueno; mas el segundo me aconsejaba no destrozarme el testamento y casarme con Genoveva.

Por la noche, Octavio se paseaba en el parque cuando de repente una mujer que lloraba se atravesó en su camino.

—Por qué llorais, señora?

—Oh! señor de Parisis, mi padre me ha casado á disgusto mio y yo he huido á última hora.

—A la hora del sacrificio!

El duque de Parisis consoló la jóven casada y la dijo que la enseñaria el camino del deber.

—Despues de todo, murmuró Octavio, es hermosa y lo que cae en el foso es para el soldado. Fuera de esto, me cuesta cien mil francos.

## VIII.

### UN ECO EN EL DESIERTO.

Quizá Octavio no hubiese marchado á Paris si una persona que no esperaba no se hubiese presentado en el castillo de Parisis.

Se paseaba en el parque con su cortejo de ideas melancólicas. Tenia motivos para ello. Comprendia que la señorita de la Chastaigneraye se hallaba perdida para él; no se habia aun confesado todo su amor por ella; porque su corazon era como el país de las ruinas, donde los fantasmas de las mujeres queridas iban de aquí para allí.

No solamente veia como se desvanecia el sueño mas acariciado, sino que presentia que se acercaba la hora en que tendria que rendir sus cuentas á la luz del dia y confesar que no le quedaba ni un sueldo. No se representa impunemente el papel de los ricos cuando se es pobre.

Hasta entonces habia llevado su posicion alegremente, porque se sentia arrastrado por el torbellino y porque no consultaba el fondo de su conciencia; pero en el castillo de Parisis cayó de sus ojos el pos-



trer velo. Las formas de las casas y de los árboles tienen su fisonomía propia, á semejanza de los hombres; parece que el alma de las cosas se transparenta en todo, en sus movimientos de alegría y de tristeza.

Octavio contemplaba su viejo castillo y le parecía que estaba aun mas melancólico que él. Aquella morada, cuna y tumba de sus abuelos, le contemplaba con sus grandes ventanas casi arruinadas y le hablaba con elocuencia, usando ese idioma universal de los sentimientos que lo dice todo y que se comprende tan bien. Los árboles, así los viejos como los jóvenes, le reprochaban su olvido.

Pero habia un reproche que se elevaba mas alto y que le tocaba mas de cerca en aquella hermosa morada y en aquel hermoso parque. Oía una voz que se levantaba de las tumbas para decirle: «Qué has hecho de tu fortuna? la lepra de las hipotecas ha sombreado el mármol de nuestro sepulcro, y se acerca el día en que se nos arrojará de su interior como perros.»

—Nunca! exclamó Parisis, bien como si hubiese oído que este reproche salía efectivamente de la tierra. Y este reproche no brotaba únicamente del fondo de los sepulcros.

Cogió una rosa para buscar otras ideas; mas la rosa le dijo:—«Por qué me cojes? no florezco ya para los Parisis!»

Ya se sabe que Octavio, que era un pagano como lo son todos los hombres que rechazan el cumpli-

miento de su deber; ya se sabe que Octavio no creía sino en el alma de las cosas y que se habia formado sobre esto una religion singular, pues ya se sabe que los ateos tienen tambien su religion. Acaso la Revolucion no decretó el Ser Supremo?

Pues bien, Octavio creía en su religion. Para él, el hombre, la naturaleza, las cosas, significaban algo; así es que era mas sensible que los otros á la voz de lo invisible.

Juró que el castillo de Parisis no seria vendido. Sentía como se acercaba hácia él la horrible y hambrienta boca de la espropiacion forzosa; pero creía que encontraria aun un pastel de oro que calmaria al monstruo hasta el día en que le echaria de sus tierras.

—Seria yo tan feliz aquí, se dijo, si no se respirase el aire malsano de las hipotecas!

Y hacia sus cálculos. Se preguntaba si seria útil vender algunas haciendas lejanas; pero eran cabalmente las mejores. La montaña y el valle del castillo no daban mas que leña y pastos; en la montaña habia solo tierra y peñascos, en el valle tierra húmeda. Se podían coger doscientos mil francos cortando el bosque; pero esto equivalía á quitar su corona al antiguo castillo. Se hubiese podido cultivar el valle; mas para ello era necesario desaguar una infinidad de lagunas que formaban uno de los mas hermosos paisajes de la Borgoña.

Este es el eterno dolor de los grandes señores que



se arruinan: profesan demasiado amor á lo bello, á lo grande y á lo pintoresco para sacrificarlo, aunque para ello les dén una pirámide de oro. No son amigos de las medias tintas: prefieren perderlo todo.

Octavio, despues de haber calculado sobre cifras problemáticas, concluyó todas sus adiciones y todas sus sustracciones con estas frases:

—Total: ó todo ó nada!

Se habia sentado frente una de las cercas que rodeaban el parque, á tres ó cuatro tiros de fusil del gran vestibulo, cuando una voz argentina repitió, bien como si fuese un eco burlon:

—Total: ó todo ó nada!

## IX.

ALIZA.

Era la señora de Entraygues.

—Ah! diablo! dijo Octavio levantándose: creí que aquí no era oido mas que por las aves.

Y se echó en brazos de la señora de Entraygues.

—Qué estais haciendo dijo esta riendo; si las aves nos viesen!

Ambos jóvenes se miraron como si no se hubiesen visto desde siglos.

—A fé mia, querida, llegais muy á propósito: tal como me veis me hallaba dispuesto á cavar mi tumba; ya habia vestido el hábito de los trapenses.—Hermana: morir debemos!

—Hermano, ya lo sabemos! dijo riendo la señora de Entraygues.

Y despues de un instante de silencio, añadió:

—Os imaginais tal vez, mi querido Octavio, que yo me divierto mucho desde que quiero divertirme? Pues bien, me fastidio horribilmente.

—Puesto que venís aquí, lo creo perfectamente.